



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS  
Y LAS ARTES MILITARES

Comunicaciones académicas

## La geografía y la política de seguridad de España

Ignacio Fuente Cobo  
Academia de las Ciencias y las Artes Militares  
Sección de Pensamiento y Moral Militar

16 de mayo de 2023

### Visión global y enfoque regional

España es un país eminentemente europeo y forma parte, por tanto, de una comunidad de valores e intereses comunes que comparte con sus socios europeos y aliados atlánticos. Ello nos obliga a mantener en el entorno internacional una visión global de los problemas de seguridad, básicamente similar a la de nuestros socios y aliados, pero, al mismo tiempo, ajustar nuestro comportamiento internacional de acuerdo con las prioridades de nuestra seguridad nacional.

En este sentido, España se presenta como una potencia media en el entorno internacional y una potencia relativamente grande en Europa, por tamaño geográfico, población, economía y Fuerzas Armadas, por lo que contempla los problemas de seguridad con una visión global, pero prioriza su acción siguiendo un enfoque regional. Se trata de dar mayor relevancia a aquellos problemas que ocurren en la periferia de Europa, proporcionando mayor intensidad en la respuesta a los riesgos y amenazas que están más próximos a nuestras fronteras. Esto significa que asumir que nuestros intereses, al igual que nuestras preocupaciones de seguridad, se extienden por todas las regiones del mundo, pero no todas ellas tienen la misma importancia para España, algo que, por otra parte, también ocurre con todas las potencias, grandes y medias. La posición geográfica de España y la estabilidad geopolítica permiten hacer una clasificación de las distintas regiones del

mundo en función de las prioridades que representan para la seguridad española, con una importancia creciente cuanto más próximas estén a nuestro territorio nacional.

Aunque la globalización ha matizado esta visión tan categórica, en el sentido de que ha acercado a nuestros intereses de seguridad regiones que geográficamente están muy lejanas, en líneas generales la regla se mantiene. De esta forma, se simplifica la definición de los grandes objetivos estratégicos nacionales y se facilita una mejor evaluación de las posibilidades de éxito en la consecución de estos, evitando caer en errores de cálculo.

En este sentido, sigue habiendo una diferencia cualitativa y cuantitativa importante en cuanto a las preocupaciones nacionales de seguridad entre lo que ocurre, por ejemplo, en el Indo-Pacífico, donde nuestros intereses son limitados y donde España puede aportar poco valor añadido en el campo de la seguridad global y lo que ocurre en el Mediterráneo, especialmente en su parte occidental, donde España tiene fuertes intereses y puede aportar un importante valor añadido en espacios geográficos cuya estabilidad es prioritaria.

En el caso de Ucrania, la lejanía geográfica hizo que tradicionalmente no fuera considerada un interés vital para España. Podía aceptarse una Ucrania convertida en un estado amortiguador entre el espacio europeo y Rusia, sin que ello afectase a nuestra seguridad. Ahora bien, la agresión rusa sobre el espacio territorial ucraniano, el carácter de guerra abierta que ha adquirido el conflicto y los compromisos que voluntariamente ha asumido España en el marco de la solidaridad aliada y europea, ha modificado su importancia dentro de la ecuación de seguridad española.

La posibilidad de que el proceso de escalada militar lleve a una confrontación abierta entre la OTAN y Rusia y los compromisos de participación que ello supondría para España en función de los tratados suscritos, ha convertido a Ucrania en un objetivo estratégico preferente de la seguridad española, una situación que hasta el comienzo de la invasión no lo era. España se alinea así con la postura de sus socios y aliados, algo, por otra parte, lógico ya que comparte con ellos intereses y preocupaciones de seguridad. No obstante, la geografía vuelve a jugar según sus reglas y la lejanía con Ucrania atempera la intensidad de nuestros intereses, que quedan subordinados a los definidos, con carácter general, en el marco la Alianza Atlántica y de la Unión Europea.

En el caso de conflictos situados en el Mediterráneo oriental, como son el de Israel y Palestina o el de Siria, la posición geográfica de España también juega un papel determinante a la hora de entender el alcance de nuestros intereses nacionales. La lógica geográfica indica que, en líneas generales, la mayor lejanía de esta zona en

conflicto hace disminuir la importancia de nuestros intereses en la misma. Evidentemente, esto podría matizarse en función de parámetros que alteran la generalidad de la regla, como son: la existencia de recursos vitales para nuestra economía, la gravedad de los riesgos y amenazas que en ellos se generan, o los lazos históricos. Pero ninguno de estos parámetros está presente en esta parte del Mediterráneo con la intensidad suficiente para que se convierta en una región de interés vital para España, por lo que la aportación de nuestro país en la resolución de sus conflictos es limitada.

Mayor es la importancia, desde la perspectiva de la seguridad, del norte de África y, de una manera especial, la región del Magreb que puede considerarse un área vital para España, tal y como se contempla en las diversas Estrategias de Seguridad Nacional que se han ido aprobando hasta la fecha. Desde la perspectiva de la seguridad regional, España entiende que existen dos potencias de peso equivalente, Argelia y Marruecos, que compiten por ser dominantes en el norte de África y que interactúan en un entorno de desconfianza mutua cuya expresión singular es el conflicto del Sáhara occidental. Por su parte, Túnez ejerce un papel equilibrador entre ambas potencias sin mostrar preferencia alguna, en el entendimiento de que ninguna de ellas tiene capacidad de imponerse. Al mismo tiempo, Libia, un país en guerra, tiene una importancia geopolítica relativamente menor de acuerdo con la ley de la distancia, si bien acrecentada por los fuertes intereses económicos, principalmente energéticos, que tiene España en este país.

Hay, por tanto, una traducción en cuanto a la mayor relevancia de la política exterior y de seguridad y defensa que se deriva de la proximidad geográfica de España respecto a esta zona. La postura tradicional de ambigüedad estratégica frente a los problemas de competición regional que había adoptado España con buenos réditos durante décadas ha dado lugar a otra nueva basada en la preferencia por unos de los actores regionales. Ello altera nuestra postura tradicional de convertirnos en interlocutores potenciales entre ambas partes, en la que había sido la línea de acción estratégica preferida hasta época reciente.

No obstante, la proximidad geográfica y los importantes intereses económicos y de seguridad que unen a España con la región convierten de facto, tanto a Marruecos como a Argelia, en socios estratégicos imprescindibles. Impedir una escalada militar que lleve a la confrontación directa, fomentar el diálogo y la integración económica y política que facilite la estabilidad regional y evitar que los efectos más perversos de la competencia entre ambos estados afecten a los intereses españoles en temas tan sensibles como la energía, la inmigración, o el terrorismo yihadista, siguen siendo un objetivo vital para España.

Más alejado geográficamente quedaría el Sahel que, aunque no tiene continuidad geográfica con la península ibérica, sus características geopolíticas y sus condiciones de seguridad hacen que quede dentro de las zonas de interés estratégico prioritario para España. En esta región, se generan problemas como el terrorismo, el crimen organizado, o las migraciones incontroladas que se sienten localmente, pero cuyos efectos terminan afectando a nuestra seguridad. Aquí, la posición de España como país europeo más próximo a la región, adquiere un papel relevante. La lógica geográfica indica que España es la vía natural de acceso desde Sahel a Europa y viceversa, sin que las alteraciones geopolíticas locales producidas por conflictos como el de Libia en el mediterráneo central, hayan modificado esta realidad.

En el Sahel, a diferencia de otros escenarios de interés, España puede aportar un importante valor añadido a la seguridad de Europa, lo que resulta particularmente interesante en los actuales momentos de retirada estratégica europea de este escenario regional. España podría, con visión geopolítica propia, impulsar y liderar iniciativas en el marco de la Unión Europea o de la OTAN, buscando la estabilidad regional. La estrategia de proyección de estabilidad de la Alianza Atlántica, o la política de buena vecindad de la Unión Europea constituyen marcos adecuados para sacar adelante las mismas en unas circunstancias en las que, la guerra en Ucrania ha desviado la atención de la región sur y ha desplazado las preferencias estratégicas aliadas y europeas hacia el este.

## Proyección y profundidad estratégica

Estrechamente relacionado con la posición geográfica de España está su capacidad de proyección hacia otros escenarios geográficos. Aquí desempeñan un papel importante los archipiélagos de Canarias y Baleares y las ciudades autónomas de Ceuta y Melilla, que constituyen no solo partes integrantes de la soberanía española, sino también elementos fundamentales de la concepción geopolítica nacional.

Las ciudades autónomas confieren a España la singularidad de tener una presencia física en el continente africano, una característica con la que no cuenta ninguna otra nación europea y realza su valor estratégico para la seguridad europea. Su existencia obedece a razones históricas, pero fundamentalmente estratégicas. Como señala Alonso Baquer, uno de los pensadores estratégicos españoles más importantes del siglo XX, cuando un ejército llega a un río, lo que tiene que hacer es cruzarlo y establecer cabezas de puente en la otra orilla, de manera que, si el adversario trata de reaccionar, se desgaste actuando sobre las mismas y no sobre la fuerza principal.

De manera análoga, y salvando las diferencias, cuando España llegó al Estrecho de Gibraltar durante el periodo final del esfuerzo reconquistador, cruzó el Mediterráneo y estableció una serie de cabezas de puente en la otra orilla, dentro de un esquema defensivo que a comienzos de la edad moderna tenía un carácter existencial frente a la amenaza turca. Ceuta y Melilla son, así, el resultado de un proceso histórico que, en el contexto actual, adquiere un nuevo valor geopolítico, ya que ambas ciudades se han convertido en termómetros que sirven para medir la temperatura de lo que ocurre en el norte de África. Ello proporciona un importante valor en cuanto a la aportación de España a la seguridad de sus socios europeos y atlánticos.

De las dos ciudades, Ceuta tiene un componente adicional. Contribuye, junto con la orilla norte del estrecho de Gibraltar, a garantizar el tráfico marítimo a través de este y, con ello, la seguridad de navegación entre el Atlántico y el Mediterráneo. El hecho de que España tenga la capacidad potencial de controlar ambas orillas del estrecho constituye un activo estratégico en sí mismo de gran relevancia para la seguridad euroatlántica.

Los archipiélagos, por su parte, proporcionan profundidad estratégica a la plataforma continental española y permiten proyectarnos hacia el Mediterráneo central y oriental en el caso de las Baleares y hacia la fachada atlántica africana en el caso de las islas Canarias. Estas últimas, situadas en el flanco occidental del Sahel, están llamadas a jugar un papel importante en el esquema de seguridad español y europeo frente los problemas en el Sahel y el golfo de Guinea.

Pero la proyección geopolítica de España también se refiere al ámbito iberoamericano, donde la lengua juega un papel fundamental. Si la guerra, como decía Clausewitz, es la continuación de la política por otros medios, igualmente cierto es que el lenguaje es una prolongación de la geopolítica. De esta manera, el proverbio romano, «quien gobierna, crea la religión» puede reinterpretarse diciendo que «quien tiene el lenguaje, domina o, por lo menos, tiene ventaja».

La geografía ha proporcionado a España la oportunidad de proyectarse a través del Atlántico al continente americano, donde una larga historia de presencia española ha llevado a que, hoy en día, el español sea la lengua oficial de diecinueve países en América, además de España y Guinea Ecuatorial, y tenga un cierto grado de reconocimiento en Filipinas y en el territorio del Sahara occidental. Con una comunidad hispano hablante de 580 millones de personas que se distribuyen por los cinco continentes, y siendo la segunda lengua mundial por el número de hablantes nativos, puede decirse que la geopolítica de España es inseparable de su acción en América, donde la lengua española ha permitido conformar un modelo de civilización propia que tiene un enorme valor geopolítico en sí mismo.

La lengua española constituye, por tanto, un activo geopolítico de primera magnitud a la hora de promover los intereses nacionales. El idioma es una palanca para potenciar, la imagen y la capacidad de influencia de España en el mundo proporcionándole un peso internacional que sin ella no tendría. La lengua es lo que permite a España convertirse en la puerta de acceso de Iberoamérica en Europa y viceversa, un aspecto que se ve reforzado por las importantes y crecientes comunidades nacionales iberoamericanas asentadas en territorio español.

Iberoamérica se convierte así en una prioridad política, social económica y cultural para España, aunque su relevancia en el campo de la seguridad sea menor. Ello no es óbice para que la relación histórica y cultural con el conjunto de estados que constituye el espacio iberoamericano defina una de las principales líneas de acción de la geopolítica de España, que debe estar integrada plenamente como política de Estado, dada la permanencia en el tiempo de sus objetivos.

Esta relación preferencial con Iberoamérica debe tener también una traducción pragmática en el ámbito de las relaciones económicas, en donde el idioma debe ser utilizado como una herramienta prioritaria para ganar y consolidar mercados e influencia frente a otros competidores que no lo dominan. Mantener la relación privilegiada con Iberoamérica, evitando que otras potencias nos desplacen, sigue siendo unos de los grandes desafíos, a la vez que una prioridad geopolítica, de España ahora y en el futuro.

Este proceso se ve complementado por la afinidad sustancial del español con el portugués, que hace de ambas lenguas ibéricas los únicos dos grandes idiomas internacionales en términos de número de hablantes, que son recíprocamente comprensibles hasta el punto de que son frecuentemente consideradas internacionalmente como si fueran casi un mismo idioma, según afirma Frigidiano Álvaro Durántez de Prado en su obra *La articulación del mundo ibérico, una realidad geopolítica en el siglo XXI*. Esta afinidad permite a España y, recíprocamente, también a Portugal proyectarse en un gran espacio multinacional de países de lenguas ibéricas que abarca todos los continentes y que está compuesto por una treintena de países y más de 700 millones de personas, la décima parte del planeta y el primer bloque lingüístico del mundo.

La creciente convergencia entre la Comunidad Iberoamericana de Naciones y la Comunidad de Países de Lengua Portuguesa permitiría articular un inmenso espacio geopolítico de Estados de lenguas ibéricas que podría utilizarse para incrementar la visibilidad y el peso internacional de España, y del mundo iberófono en general, equilibrando en términos de influencia la preponderancia actual del idioma inglés y proporcionando una cosmovisión geopolítica alternativa de la dominante de corte anglosajona.

## La geografía y la política de seguridad española

Las tendencias geopolíticas actuales indican que los estados se muestran cada vez más asertivos y la geografía importa cada vez más. En un contexto en el que el consenso sobre las reglas diseñadas para gobernar las interacciones internacionales pacíficas se está desvaneciendo rápidamente, la posición geográfica se ha convertido también para España en un elemento fundamental a la hora de definir su política de seguridad. España debe ajustar mucho mejor su comportamiento en la esfera internacional en función principalmente de sus intereses nacionales, y también de sus compromisos internacionales, y de la obligación de contribuir, en la medida de sus posibilidades y capacidades, a salvaguardar la paz y la seguridad internacional.

Hasta época reciente, la pertenencia a organizaciones con capacidad militar como la OTAN y, hasta cierto punto la UE, ha garantizado la seguridad de España basada en la defensa colectiva que compartía con sus socios y aliados. Las garantías proporcionadas por la Alianza Atlántica en función del artículo V del Tratado de Washington proporcionaban una gran tranquilidad geopolítica a España permitiéndole priorizar el desarrollo económico y el mantenimiento del estado de bienestar, en el entendimiento de que, en caso de necesidad, los aliados vendrían a ayudarla.

No obstante, la posesión de territorios en el norte de África, no cubiertos por el paraguas defensivo de la Alianza Atlántica, y la excentricidad del archipiélago canario confiere a España una singularidad militar que se refleja en su política de defensa. La posibilidad de actuación militar en solitario es una característica específica de España, que no existe en la mayoría de nuestros socios y aliados.

Consecuentemente, la disuasión sigue siendo el eje fundamental de cualquier política de defensa creíble y constituye un condicionante permanente a la hora de definir las prioridades de la defensa nacional. Ello exige contar con capacidades militares avanzadas, que permitan la defensa propia en todo el espectro del conflicto.

No obstante, el reforzamiento de las relaciones cooperativas con los socios norteafricanos, basadas en la existencia de intereses económicos y de seguridad comunes debería servir para reducir las tensiones geopolíticas, aunque el resultado de las políticas de apaciguamiento de los últimos tiempos solo podrá comprobarse con el tiempo.

Por otra parte, la guerra de Ucrania y la posibilidad de que se extienda al territorio euroatlántico ha fortalecido la cohesión política y militar entre los aliados atlánticos y socios europeos frente a la agresión rusa, en detrimento de la visión 360 grados

defendida por España, que contempla las amenazas procedentes del sur, al mismo nivel que Rusia. Sin embargo, la preferencia europea y atlántica por la defensa colectiva frente a la agresión rusa en detrimento de las operaciones de gestión de crisis, está teniendo la virtud de provocar un proceso acelerado de potenciación de las capacidades militares convencionales en Europa y en España, revirtiendo décadas de decadencia militar. Con ello, se refuerza la disuasión nacional y se incrementa, en último término, la seguridad nacional.

Si en Europa la política de seguridad española goza una autonomía limitada, al estar supeditada a las de la OTAN o la UE, en África, por el contrario, España puede jugar un papel relevante y aprovechar su ventajosa posición geográfica para proporcionar valor añadido a la seguridad euroatlántica. Ello resulta especialmente necesario en unos momentos en los que, con las preocupaciones europeas centradas en el este, los problemas de seguridad en regiones como el Sahel están siendo descuidados a pesar de alcanzar niveles preocupantes.

España sigue siendo el estado europeo más próximo a África y se ha convertido en su frontera suroccidental con las ciudades de Ceuta y Melilla proyectadas como sensores privilegiados de Europa en el continente. La cercanía geográfica hace que los problemas africanos que se derivan de la debilidad estructural de muchos de sus estados y de sus importantes desafíos políticos, económicos y sociales sean percibidos de una manera cada vez más intensa por la sociedad española, ya que afectan a su seguridad.

España se encuentra en una posición ventajosa para liderar la respuesta de las organizaciones internacionales a los desafíos de la región sur, que debe ambicionar ir más allá de lo estrictamente militar. Las herramientas como la cooperación civil y militar, la ayuda al desarrollo, el refuerzo de las capacidades africanas de gestión de crisis, o la respuesta ante situaciones de desastres humanitarios, son para España instrumentos especialmente apropiados para conseguir una mayor y más efectiva presencia en esta región.

Para ello, debe aprovechar la ventaja comparativa que supone no estar condicionada por un pasado colonial discutido y el sentido de apremio que exige resolver problemas que se originan en África, pero que afectan cada vez a más a Europa, como son el tráfico de drogas, el terrorismo, las enfermedades infecciosas o la inmigración ilegal, a los que se han sumado recientemente la competición por sus recursos, o la presencia de grupos paramilitares hostiles.

En definitiva, en un entorno internacional dominado por la competición de un número reducido de grandes potencias, y donde los espacios geográficos en los que las potencias medias como España pueden actuar autónomamente, está limitado por la competición entre las mismas, España debe aprovechar las ventajas

que le proporciona su ubicación geográfica como una oportunidad para posicionarse mejor en la defensa de sus intereses y aumentar su peso internacional. La mejor forma de hacerlo pasa por convertirse en el interlocutor iberoamericano en la Unión Europea y en el principal promotor en la Alianza Atlántica de las iniciativas de seguridad africanas.

**Nota:** Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2023